

ARLEQUIN EMBALSAMADO

por Cristina Rivera

Lo ha presentido, sentido y también lo ha postsentido, no ha sido el halo mágico que muchos llaman intuición (femenina, por supuesto) es más sencillo, es simplemente el búmerang de los días, la similitud de los círculos cada hora, los minutos iguales y en conjunto la sobrepoblación, la densidad de los últimos recursos. Lo sabe, lo sabía, torres donde el mundo no existe, pensamientos e ideas, su presencia-ausencia sentada, rebelada, sentada, gritada, sentada. Los muebles, las cosas, los algo ridículamente verdaderos; las mesas, las paredes rotundas y apáticas, estáticas y confundidas entre su presencia y la otra, el lugar en el que está: su sitio y el otro, la ausencia y el panfleto de la que está en ella o ella en la ausencia, estas cosas que son lo mismo, pero por favor, nunca intercaladas. Gracias. Sus sentidos humanos no mienten la incongruencia que reciben, las imágenes que se vuelven vómito con una dosis espantosa de realismo que no es, los vómitos que se vuelven imágenes ya no con dosis, ya sin porciones huidizas, ya algo más que un reflejo solitario.

También sabe que no lo notarán, ninguno se encuentra tan cerca, tan patente; nadie puede herir más el tubo de ensayo en que se refunde el aire individual, este extracto de atmósfera maloliente empecinada en transformarse comunidad universal de los no propietarios; de hecho lo es, se comparte. Quizá es lo único que alcance para los dedos de dos manos diferentes, dos ojos de caras opuestas, dos brazos y dos piernas de hombre no conocidos. Pero aún así, a pesar de alcanzar, en realidad no alcanza para el perro y para ella juntos, para dos hileras de pasos cercanos sobre las banquetas, para 300 o más moscas en un enjambre, para presencias negadas cuando se empieza, tímidamente, a hablar sobre pares, cuartetos, multitudes. Entonces ya no es suficiente. Y dándole vueltas al ciclo de cosas inanimadas que comparte no es más que una de ellas transmutada en algo que se quiere diferente, que se dice creación y cerebro, que se desea especial. Pero al fin y al cabo una de ellas y cada una de éstas, una más en ella. Estas cosas que comparte, que él también compartía cuando empezó —dentro del ciclo— a mirarlo nuevamente. Lo vió, te vió, era otro fuera de ella y por lo tanto igual y reconocible,

por lo tanto lejano, por lo tanto parecido. No fue fabuloso ni extraordinario, sino más bien esa tendencia a agotar los postulados, de jugar los juegos obvios, las primeras palabras que salen y los primeros sonidos que regresan.

Oquéi compañero, ¿para decir qué? ¿tienes algo que decir, algo que has creado, algo? Sí, sí necesitamos libertad de expresión y decir alto a la represión, y hablar de Marx-Gramsci, Hegel-Marx, Marx solito y aventar palabras como desilusionados, desesperanzados, amargados, mientras el mundo transcurre afuera, mientras tratas de ordenar el universo a fuerza de ilusiones, de esperanzas, de dulzuras. Aquí, oyéndote desde hace unos minutos, bien podrían ser siglos, le pareces sin decirlo caleidoscopio inmutable que regresa siempre que presiente un peligro, al puerto-paraíso de la ensoñación: La revolución, la revolución compañera. Síguete avientale tu rollo, tu monólogo; pero gástalas, tállalas con los gritos, con los aulliditos de tu compromiso con el café, con los cigarros, con los cuates: con tu gran compromiso social. Pero ya, hazlo ahora para que caigas fuera del juego de las sílabas, de las pelotas rebotantes de palabras. Te escucha, cuéntale, lánzale tu sabiduría, no te olvides de inventarla como mosca inoportuna así será más eficaz tu intento de convencerla, ayúdale a deshacer el tejido de tensiones acumuladas, las ideas y más ideas que son demasiadas para llevarlas a cuesta, pondrá todo de su parte, habla. . . Las cosas se contagian del neurotismo, de la impotencia, de las risas apresuradamente contenidas; sin gestos de cordura, sin aires de mártir-conciencia mundial te retuerces sin la respuesta. Lo sabe, lo sabía. . .

Puede ahora mismo decir: Buenas noches, gusto en conocerte, ¿ya viste el arlequín embalsamado? Nadie notará la diferencia, ni siquiera tú, puedo pasarme por ahí engañándote haciéndote creer que amanece, conviértete que el Café ya va a cerrar y que la luz de las lámparas no son más que algunos fragmentos solares esperando reventar, puedo decirte que hemos estado monologando hasta la madrugada y hasta puedo convencerme de que es cierto. Puedes en esos momentos preguntarme si fumo, qué hago, qué no hago, puedes concederme algunos minutos para que al fin te des cuenta que has estado conmigo. Pero no, no te vas a percatar, me vas a inventar. También lo sabías o lo presentías sentías postsentías.

Déjame intentarlo de otras formas, estás conmigo y la ciudad de noche caminada despacio levanta la nostalgia de sal, de desenlace o enlaces felices, de las yuxtaposiciones de tu esperanza anónima y el silencio que empapa de silencio la humedad de no esperar nada, el estanque, la presa empecinada en no llenar, no fluir, en convertirnos enteramente en él y yo, tu y ella. Y entonces se dejan venir los trillados tu-mis manos, mi-tus piernas, cabellonarizmaniquí tuyos, porque así los llamas, porque así lo revientas, porque así es otra forma para hacerme creer que te domino lentamente, buena táctica de convencimiento. Mi mujer-hombre, mi-tu amor. . . ¿Cuál? ¿digo, no? ¿dónde? ¿a qué horas? ¿cómo? para enterarme, para que nos enteremos, ¿no? Parece que no hay demasiadas formas o éstas no son suficientes, las ideas, los tubos de ensayo, la lentitud de pensamiento que nunca transforma que se vuelve cíclico creciente, ola que regresa. Buenas noches, gusto en conocerte; nos alejamos, no nos convencimos monólogos interactuantes, nos dejamos así mejor ¿verdad? Oquéi, bai, por ai nos estamos viendo. Andale.

No ha sido la intuición, como comprenderán no ha sido tan enfermizamente misterioso ni etéreo, simplemente pasarse todo el día donde a falta

de saber tejer con estambre han sido alguna que otra idea, una que otra palabra. Y después intentar por todos los medios como Penélope moderna, sigilosamente, cobarde de sí, escondida y de puntillas, llegar al lugar donde se dejó empezado y deshacerlo, para que a la siguiente mañana la tarea vuelva a tener sentido, para que la presencia-ausencia no sea capaz de ser gritada, rebelada, para que la espera resulte animada. Aquí está día tras día, cuando quieran encontrarla ya saben por acá por estos rumbos. . . Y ahora discúpenla va a empezar a deshacer todo este borlote que ha inventado hoy. ¿De verdad?

